
JOSÉ ALPINIANO GARCÍA-MUÑOZ



**LECCIÓN MAGISTRAL:
VOCACIÓN DEL JURISTA
EN LA COLOMBIA ACTUAL**

Hace más de doscientos años, en Filadelfia, Alexander Hamilton, el gran constitucionalista anglosajón, se manifestaba en contra del dogma reinventado por Rousseau que identifica verdad con opinión mayoritaria. Durante los tres semestres que tuve oportunidad de compartir con vosotros, mis queridos alumnos, con estrategia pedagógica reiteré hasta la saciedad que Hamilton tenía razón. Hoy lo confirmo nuevamente: por mayoría habéis decidido que fuera vuestro profesor de Derecho Económico quien fungiera como magistral catedrático en este emotivo acto. ¡Os habéis equivocado! Son otros los maestros a quienes les corresponde este honroso encargo.

A pesar de todo os confieso que me embriaga una santa ambivalencia. Os habéis equivocado, pero... ¡bendito sea vuestro error! Tal desacierto sólo se debe a que con la decisión habéis querido manifestar un especial cariño. Os lo agradezco infinitamente. Sin embargo, y no olvidéis que jamás me callo lo que pienso, a pesar del inmenso afecto que expresa este detalle es una contraprestación pequeña, porque el amor que os tengo es infinitamente mayor al que vosotros habéis querido demostrarme en la tarde de hoy.

Para cumplir vuestro encargo pido me excuséis la sesión magistral que el protocolo exige, y en su lugar permitáis unas reflexiones que salen del fondo de un alma cuya pasión conocéis muy bien vosotros.

Desde hace cinco años, cuando llegastéis al Campus, habéis oído, aprendido y comprendido que cada persona humana es un ser único e irreplicable, libre por naturaleza, que participa de una dignidad especial que la hace inviolable. En el trato diario entre vosotros y con los profesores habéis visto que todos los hombres somos iguales en naturaleza, y por lo mismo ningún distanciamiento debe existir entre nosotros. Os hemos enseñado que el universo tiene un orden propio que el derecho positivo tan sólo se limita a revelar. Con razonamiento e inteligencia habéis repetido que la justicia es el fin del derecho, que los gobernantes están para servir a los ciudadanos. En cada rincón

de la Universidad se os ha dicho que pase lo que pase, siempre debéis obrar conforme al bien, que la conducta ética es nuestra mejor identidad.

Qué equivocado es todo esto. Grave error es afirmarlo. No vale la pena. Es lo que habéis querido gritar con desesperanza en muchas ocasiones. Despietados contemporáneos vuestros hasta afirman que esta alma mater se empeña en manteneros alejados de la realidad; en taparos los ojos de una forma tal, que irremediamente estáis condenados a caer cuando, como ahora ocurre, debáis enfrentaros a la auténtica realidad de la existencia.

Y parece cierto: ¿Qué dignidad especial tiene el ser humano en un mundo que considera progresista atentar contra la vida del indefenso que aún no ha nacido? ¿Acaso no se dice que es signo de progreso el menosprecio por la vida del anciano o del enfermo terminal? ¿Es digna la existencia de los millones de niños que anualmente mueren de hambre? ¿Es conforme al orden natural que los países desarrollados experimenten, usen y abusen con mortíferas armas nucleares que destruyen el medio ambiente, mientras exigen a los habitantes de los países pobres abstenerse de utilizar sus recursos naturales en aras de una nueva forma de colonialismo que llaman “cultura ecológica?”.

Y... ¿qué decir de vuestra aptitud para adecuaros a las circunstancias actuales de la patria? Sufrimos el derecho que Cicerón caracterizó como propio de las bestias: al igual que ocurría en viejas épocas perdidas en la noche de los tiempos, los dirigentes nacionales disponen de vida y bienes de ciudadanos entregándolos al despojo y perversión de bandidos amparados en territorios con patente de corzo. La ineptitud para proyectar acertadamente las ciudades e invertir eficientemente los impuestos, se oculta coartando la libertad de locomoción de los ciudadanos, mientras en los territorios vedados los bandidos se desplazan con impune prepotencia en vehículos robados a ciudadanos inermes.

Justicia y ética palabras vacías: los delitos no se sancionan. Los más altos jueces de la República traspasan sus competencias constitucionales para hacerse célebres ante la opinión pública. Los desfalcos al tesoro público y la deficiente administración de banqueros incompetentes son pragmáticamente enfrentados aumentando los impuestos que debemos pagar los ciudadanos.

Parece efectivamente que vuestra alma mater no os preparó para vivir en estos tiempos. El mundo parece ajeno. Os sentís extranjeros en la patria natural. Con absoluta convicción os digo que no hay razón para experimentar tal desarraigo. Sois hombres y mujeres de este tiempo. Lo que pasa, eso sí, es que estáis llamados a contar en la historia y quienes cuentan en la historia, dice Hegel, son justamente los que no han querido o realizado una mera figuración u opinión, sino lo justo y necesario. Aquellos a quienes lo que estaba en el tiempo, lo que era necesario, se ha revelado en su interior.

Lejos, muy lejos de vosotros la desesperanza. En su lugar alegría infinita, porque los sentimientos descritos expresan la experiencia que revela vuestro más profundo sentido existencial. Un filósofo de este siglo los atribuyó a cierta angustia, que nos hace patente aquello que constituye nuestro más peculiar y auténtico ser. En pocas palabras, aquello para lo que estamos llamados en este mundo. Kierkegaard dijo que producían temor y temblor, pero que así mismo nos abrían las puertas, a

«un orden eterno y divino donde no llueve del mismo modo sobre justos e injustos, ni brilla el mismo sol sobre buenos y malos. A un mundo en el que es válido el proverbio de que solo quien trabaja come, sólo quien conoció angustias reposa, sólo quien desciende a los infiernos salva a la persona amada».

¿Creéis acaso que los defensores del aborto y de la eutanasia, los que abandonan al anciano que se agotó por ellos, los que violan sus deberes de gobernantes o corrompen la justicia, los ineficientes experimentan la congoja que os invade a vosotros con tan sólo imaginar todo esto? Acaso pensáis que tienen razón los que disculpan los feroces actos de los terroristas, argumentando que son legítima reclamación de los explotados que han sido excluidos a lo largo de la historia? Son simples embustes. Las verdaderas causas de sus comportamientos fueron descubiertas por la antropología desde hace muchos siglos: cuando el hombre no es puesto en tensión espiritual, se torna incapaz de elevarse a las alturas para las que está hecho. Se queda como pegado a lo más inmediato, a aquello que tiene de común con las bestias, a la fuerza bruta. Los que hoy siembran el terror no lo hacen como justa reclamación. Son hombres y mujeres que nunca han sido exigidos. Seguir atendiendo sus absurdas y caprichosas exigencias, como ahora se hace, es seguir promoviendo el adormecimiento espiritual que les lleva a comportarse indignamente.

Vosotros, al contrario de lo que hoy es común, experimentáis la tensión de quienes sienten la responsabilidad de recuperar el orden perdido. Lo experimentáis como un deber que estoy convencido constituye la realidad más profunda de lo que sois. Podríais pensar que no es así, que es una simple casualidad generada por el hecho fortuito de haber pasado por las aulas de vuestra Facultad. Os aseguro que quienes así pensáis estáis equivocados. Como dice Hegel, en la historia y esto lo aplica también a la historia individual, quien actúa es la Providencia. Nada nos ocurre que no haya sido previsto. Tan sólo que la Providencia cuenta con la libertad humana que en ocasiones quiere rehuirle.

Convenços de que vuestro paso por la Universidad de La Sabana tan sólo sirvió para descubrir lo que constituye vuestra razón existencial. ¡Vuestra vocación! Aquello que según Karol Wojtyła constituye el fundamento para distinguir el mal del bien moral, es decir, la ética. Algo que según los filósofos de la existencia es fruto de comprender lo que somos en el mundo que nos

ha correspondido, del sitio que se nos ha asignado. Estad seguros y confiados porque la Universidad os ha dado las herramientas suficientes no sólo para conocer el mundo en que vivís, sino además para juzgarlo e identificar lo que os ha correspondido hacer en él, vuestra vocación, según el sitio que la Providencia en un acto de amor quiso asignaros.

Al hablar de vocación puede ocurrirnos que se os vengán a la imaginación cosas que son absurdas porque no son propias para vosotros. Oíd lo que entiende por tal Edith Stein, esa excepcional judía a la que el mundo apenas empieza a descubrir: vocación significa algo a lo que se es llamado:

«Es preciso que exista una llamada: de alguien, para algo, dirigida a alguien y de modo perceptible (...) La llamada proviene de una estructura social, una universidad o facultad, y se dirige a un hombre que, por sus dotes y su formación, es llamado a esa actividad (...) La llamada de la sociedad humana presupone evidentemente otra llamada que los hombres creen descubrir y de la cual se hacen portavoces: la vocación por dotes y formación (...) En la naturaleza de un hombre está prevista su llamada, su vocación y profesión: es decir, la actividad, el trabajo hacia el que está orientado desde lo profundo».

¿Qué se os llama a hacer desde vuestro sitio en este mundo? ¿A qué os llama la estructura social en que se desarrolla vuestra existencia?: Sois mujeres y hombres que gracias al espíritu que anima la Universidad de La Sabana, del cual participáis, juzgáis con total corrección de la banalidad del mundo que os ha correspondido. Pero no sois simples espectadores con capacidad crítica. Vuestra alma mater os ha dotado de las armas necesarias para hacer del mundo lo que él tiene que ser. El genio griego llamaba *areté* o virtud a la confluencia de aquella capacidad de juicio con las armas suficientes para la acción. Platón enseñó que por naturaleza el gobierno del mundo correspondía a quienes detentaban tal carácter. No queráis juzgaros con falsas humildades: estáis llamados a dirigir el mundo. La aristocracia, esto es, el gobierno de los que tienen *areté* o virtud es lo que mejor se corresponde con el orden natural.

Si la aristocracia es conforme al orden natural, ¿de dónde acá las cosas han venido a menos, hasta llegar a la temible enfermedad que hoy domina el mundo? Nuevamente la respuesta fue dada hace más de veinte siglos por el genio griego: La sociedad es perfecta, justa decía Platón, cuando cada quien se dedica a hacer aquello que le corresponde según sus aptitudes y conocimientos, es decir, a su vocación. ¿Qué sucede hoy? Lo de siempre: por algo que la razón natural es incapaz de explicar, los hombres pretendemos ser algo distinto a lo que por naturaleza nos corresponde. Rechazamos nuestras dotes y queriendo ser como dioses ambicionamos crear nuestro ser. La consecuencia final es lo que estamos viviendo, una sociedad en la que cada quien no está dispuesto a hacer aquello que le corresponde, según sus aptitudes, sino lo que más le agrada, ambiciona o quiere.

Me parece que quien mejor ha explicado el origen de este proceso de descomposición que hoy sufrimos es Friedrich Hayek. Lo remonta al siglo XVII, cuando después que los colosales esfuerzos de la filosofía griega, del Derecho romano y de la doctrina cristiana dieron certeras respuestas a los interrogantes esenciales de la existencia humana, le pareció al hombre que podía descansar de su autobúsqueda y ocupar sus fuerzas en otros asuntos. El pensamiento renacentista de los siglos XIV a XVI parece confirmar este aserto.

Así, por ejemplo, Ficino y Pomponazzi quienes dedicaron sus mayores esfuerzos al estudio del ser humano, concluían durante el Renacimiento que su grandeza radicaba en el alma. Este especial carácter, decían, obedece a que el alma es el eslabón que sirve al hombre de nexo con la naturaleza. Por la misma época Miguel Ángel exaltaba el sentido exterior de la vista, diciendo que quien lo perdía,

«pierde la visión y la belleza del universo y queda como encerrado vivo en una tumba donde conserva movimiento y vida (...) El ojo, decía, es el jefe de la astrología, hace la cosmografía, dirige y corrige todas las artes humanas (...) Es principio de las matemáticas (...) Ha engendrado la arquitectura, la perspectiva, la divina pintura (...) Es la ventana del cuerpo humano por la cual el alma especula y goza la belleza del mundo».

También durante el Renacimiento, Copérnico redescubre la teoría heliocéntrica, Kepler formula las leyes del movimiento planetario y Galileo descubre nuevas estrellas, las fases de Venus y las manchas del Sol. El mundo debe mucho a los renacentistas.

Para el siglo XVII la geometría y las matemáticas, impulsadas por la avidez cognoscitiva de la física y de la astronomía alcanzan un desarrollo tan alto, que el mundo empezó a creer que sus métodos y objetos eran el paradigma de la verdad: sólo podía ser cierto y existente lo que pudiera medirse y cuantificarse. Como el número y la figura geométrica eran lo fundamental para juzgar de las cosas y ellos sólo existían en la inteligencia humana mas no en la realidad material, Descartes llegaría a sostener que el ser de las cosas no era aquello que las constituía en su realidad entitativa, sino lo que la inteligencia hacía de ellas. Espinoza entendería que la ciencia humana por excelencia, la ética, sólo era tal si podía explicarse como un teorema de la geometría.

Siguiendo el pensamiento cartesiano Malebranche afirmó que las ideas no eran producto de la inteligencia humana sino de Dios. Si la verdad de las cosas consistía en las ideas que la divinizada inteligencia humana percibía, las creaciones del intelecto eran obras celestiales no sólo perfectas, sino capaces de crear la realidad natural haciendo de ella lo que al hombre mejor le pareciera. Hobbes y Rousseau seguirían la tradición al confundir estado político perfecto con orden legal creado racional o mayoritariamente. Sus

ideas confluyeron en mortal mezcla que inspiró la secta de los jacobinos, cuando la Revolución Francesa convirtió la guillotina en el principal instrumento para diseñar una nueva sociedad.

Un siglo después Augusto Comte desconocería la naturaleza humana diciendo que la unicidad e irrepitibilidad del hombre, lo que constituye su más sagrada dignidad, era un concepto atávico que la ciencia debía abandonar. León Duguit siguió el consejo en su tratado de Derecho constitucional, y los gestores del Estado intervencionista lo hicieron realidad: en este régimen perfecto no importan las aptitudes o los derechos de las personas, pues *todo derecho humano es tan absurdo como inmoral*, decía Duguit y repiten los modernos intervencionistas.

Marx, anunciando el comunismo científico, fue más lejos aún: La naturaleza humana no existe porque el hombre es un simple producto de la estructura social. Si queremos hacer un hombre perfecto, bastará con diseñar científicamente la estructura social correcta. Poniendo manos a la obra, ideó un paraíso terrenal de ensueño; una Arcadia feliz en la que, según Lenin, su conspicuo discípulo,

«los hombres, liberados de la esclavitud capitalista (...) se habituarán (...) a observar las reglas elementales de convivencia (...) sin ese aparato especial de coerción que se llama Estado».

Stalin en Rusia, Mao en China, Pol Pot en Camboya y otros más llevaron a la práctica aquel diseño científico. El resultado fueron varios millones de campesinos rusos asesinados porque en actitud egoísta no entregaron sus parcelas a los burócratas comunistas; millones de hombres y mujeres perseguidos en China porque exigen libertad para pensar y tener hijos, y otros tantos millones de camboyanos asesinados porque en actitud burguesa se negaban a regresar al campo, cuando la ciencia demostraba a los gobernantes proletarios que aún no era tiempo de industrializar el país.

Entretanto, en Alemania la biología descubría a Hitler que correspondía al *Estado* cuidar que sólo los individuos sanos tengan descendencia (...) inculcar que existe un oprobio único: engendrar siendo defectuosos. Aprovechando el pragmatismo cobarde de los líderes occidentales, los nazis ejecutaron estos dictados científicos y construyeron los campos de concentración donde murieron ocho o más millones de personas tan racialmente defectuosas como Albert Einstein, Edith Stein, Edmundo Husserl, Viktor Frankl y otros muchos pensadores, filósofos y científicos.

Al repasar toda esta historia, quizá penséis que se trata de un pasado superado: la República de los soviets cayó con el muro de Berlín; en China comunista cada vez se consumen más productos occidentales; desde 1948 la ONU reconoció la validez de los derechos humanos; los habitantes del planeta

están cada vez más integrados en una sola familia gracias al inglés y a Internet. ¡Estáis equivocados!: El cientificismo biologista de los nazis es el mismo que hoy inspira a quienes promueven el aborto y la eutanasia. El estalinismo marxista sigue inspirando a los revolucionarios que pretenden solucionar la indigna miseria de muchos, convirtiendo la envidia en dogma ideológico que justifica la eliminación del prójimo económicamente eficiente y próspero.

Pero hay más: la negación de la unicidad e irrepitibilidad de la persona humana, que constituye el núcleo del pensamiento positivista, sigue actuando en forma casi oculta en los tiempos que corren. El hombre de nuestro tiempo, dice Ortega y Gasset, *se siente a gusto al sentirse idéntico a los demás*. Su reiterada, masiva y mayoritaria exigencia de igualdad no busca que a cada quien se le valore en su rica pluralidad, sino en eliminar su carácter diferente: cada persona no es un quien con singulares dotes y condiciones que deben promoverse y desarrollarse. Es un sujeto que como *tabula rasa* está en condiciones de convertirse en cualquier cosa que garantice fama, poder y dinero. La ternura, belleza, delicadeza, sentido práctico, capacidad intuitiva y maternidad no son atributos naturales que pertenecen a la mujer. Son sublimaciones neuróticas que se corregirán cuando la mujer asuma roles y no pocos de los vicios que los hombres hemos practicado a lo largo de la historia.

Como a nadie corresponde específico rol social en atención a sus atributos únicos e irrepitibles, todos y cualquiera pueden ocuparse de todo. Heidegger lo describió con excepcional propiedad: en nuestro mundo, decía,

«todo privilegio resulta abatido sin meter ruido. Todo lo original es aplanado como cosa sabida ha largo tiempo, de la noche a la mañana. Todo lo conquistado ardentemente se vuelve vulgar. Todo ministerio pierde su fuerza».

Platón nos confirma el acerto describiendo una situación que nos toca por experiencia propia: en esta ciudad, dice,

«se multiplica la licencia, hay necesidad de que se abran muchos tribunales y de que se en sumo grado la retórica forense».

En este mundo buen libro es sinónimo de “más vendido”, en lenguaje universal *best-seller* que todos compran porque habla de cosas que cualquiera entiende; el poder es ejercido por el pragmático y adulador, no por quien comprende el *telos* o fin de lo dirigido; la fama es la corona con que se enaltece a quien mejor satisface los caprichos y deseos del montón; es sabio el que, como decía Nietzsche, improvisa vacuidades que expone *con truenos y celestes fuegos artificiales*.

Para expresarlo con la radicalidad de Ortega y Gasset, vivimos un momento caracterizado porque *el alma vulgar, sabiéndose vulgar, tiene el desnudo de*

afirmar el derecho de la vulgaridad y lo impone donde quiera. Y es vulgar porque prima lo superficial, no lo que emerge de lo profundo del espíritu, de la vocación. Vivimos bajo el brutal imperio de la masificación despersonalizadora.

Tal estado de cosas no debe abrumarnos ni abatirnos. Por el contrario, os reitero con inmensa alegría y gran pasión: los tiempos que vivimos os reclaman porque sois hombres y mujeres que no estáis condenados a sumiros en la vulgaridad del mundo que nos rodea. En la Universidad no habéis hecho otra cosa que descubrir vuestra vocación. Y ésta, no os quepa la menor duda, consiste en recuperar el orden perdido. Ese orden que sólo será realidad cuando los hombres virtuosos o con *areté*, la nobleza o aristocracia, vuelva a ponerse al frente de la historia para permitir que todos los hombres que hoy se sumen en la masa anónima encuentren su profundo sentido existencial.

No olvidéis nunca lo que un amante de la libertad como Ortega y Gasset afirmaba con absoluta convicción:

«la sociedad humana es aristocrática siempre, quiera o no, por su esencia misma, hasta el punto de que es sociedad en la medida en que sea aristocrática, y deja de serlo en la medida en que se desaristocrate».

Estáis llamados a recuperar el mundo para la ética, para la virtud.

Pero no os vayáis a equivocar. Nobleza, aristocracia no equivale a simple tradición o herencia. Incurrir en tal confusión es dejaros sumir en la ambigüedad a que este mundo juega, con el fin de convertir las cosas en algo despreciable o amable según corresponda a los intereses del vulgo. Os propongo que nos atengamos al sentido más original del término, el mismo que Werner Jaeger en un monumental y hermoso estudio determinó con absoluta precisión. Para los griegos, dice el erudito alemán, nobleza significa capacidad para la *paideia*, esto es, aptitud para crear una cultura; una civilización; un conjunto de ideas, valores y actitudes libremente compartidos. Nobleza, dice Ortega y Gasset, *es sinónimo de vida esforzada, presta siempre a superarse a sí misma, a trascender de lo que ya es hacia lo que se propone como deber y exigencia*. Aunque el mundo actual quiera desconocerlos, la historia da cuenta de nobles: Abraham y Moisés entre los judíos; Ulises, Aquiles y la casta Penélope en Grecia; Eneas y Rómulo en Roma; Gengis Kan entre los mongoles, Juana de Arco heroína francesa, la doctora de Ávila y la santa de Calcuta, Simón Bolívar y Camilo Torres, el jurista de 1810, son claros ejemplos de nobleza.

Estudad la historia de todos ellos: fueron grandes porque entendieron los signos de su tiempo y obraron conforme al sitio que la Providencia les asignó. Al repasar aquellas vidas no vayáis a olvidar que todas parecen repetir el drama de Prometeo: un ser que teniendo algo divino elevó la condición de los

hombres entregándoles un sagrado tesoro. Su talante le costó dolores, dificultades y angustias sin cuento. Según el mito, durante el día los buitres devoraban sus entrañas que volvían a crecerle en la noche. Todo lo sufría mientras estaba atado a una roca. No lo dudéis: si os mantenéis aferrados a la roca incólume de vuestro deber, serán muchas y muy largas las noches que pasaréis en vela preparando sagrados proyectos. Los buitres de la envidia, de la incompreensión, de la ignorancia, de la intolerancia os estarán esperando al día siguiente para devorarlos. Ni siquiera al virtuoso entre los virtuosos, mejor dicho a la virtud hecha carne, al Cristo unigénito de Dios se le eximió de tal padecimiento. Pero no os preocupéis, ésa es la vida que vale la pena vivirse.

Tal vez, ahora entendáis lo mucho que os amo. Nunca me propuse formar abogados de vosotros. Ni siquiera juristas. Entendí mi deber como despertaros al tormento y a la zozobra del espíritu. Ayudaros a templar las armas con que habréis de enfrentar la privilegiada misión que vuestro tiempo y vuestras circunstancias personales reclaman. Comprendedlo bien: la batalla para la que os quise apertrechar es similar a la que cantó Homero acreditándola a los dioses. No se equivocó. Debéis estar alegres porque estos tiempos difíciles que vivimos muestran que el Cielo os tiene especial confianza: os ha llamado a una difícil misión. Eso sí ¡sois libres! En vosotros está acoger el llamado y experimentar ese orden eterno y divino que describió Kierkegaard, o rechazar vuestra vocación y al final del tiempo daros cuenta de que una existencia así no valió la pena.

Y mirad: el camino que transitaréis si respondéis al llamado os conduce a la eternidad. Eternidad que parece reflejarse en el paso del tiempo: pensad en Sócrates a quien sus contemporáneos pretendieron acallar definitivamente. ¿Lo hemos borrado del recuerdo después de veinte y más siglos? ¡Está redivivo en la ética que fundó! ¿Acaso su fidelidad a lo que las circunstancias reclamaban no hizo que Bruto, Colatino, Lucrecio y Valerio inauguraran en Roma el tiempo que se detuvo en los textos del Derecho civil que hoy seguimos estudiando? ¿Después de diez siglos hemos olvidado la heroicidad de Tomás Becket en la batalla por las investiduras que liberó a la Iglesia del espurio poder de los monarcas? ¡Ánimo! Escoged el camino a que se os llama. ¡Es la eternidad lo que os espera!

Mientras vayáis por este sendero estad siempre seguros. La Facultad de Derecho perennemente os acompañará: cuando los negros nubarrones del camino os impidan ver la luz y cuando la vida os sonría; cuando los obstáculos parezcan insalvables y cuando los triunfos os den felicidad. Aquí siempre estará vuestra alma mater dispuesta a recorrer el camino con vosotros. Desde hoy espera el día en que regreséis a las aulas cargados de experiencia, de renovadas ilusiones y esplendor profesional para compartirlos con quienes en ese entonces ocupen el lugar en que ahora estáis.

Para terminar, quisiera encomendar vuestro futuro al Buen Dios del Cielo, pidiéndole que no os dé paz mientras en el mundo haya injusticia. Que no os dé sosiego si los indefensos están siendo perseguidos. Que no halléis quietud en tanto se coarte la libertad. Que no tengáis tranquilidad si existe corrupción o ineficiencia. Que no disfrutéis del descanso mientras haya niños o ancianos sufriendo de hambre, frío o maltrato. Que no conozcáis el reposo mientras en el mundo reine la vulgaridad. Que vuestra existencia sea atormentada por la intranquilidad mientras la dignidad humana esté siendo desconocida en cualquier forma.

En fin, Padre del Cielo, quiero suplicarte para estos mis queridos alumnos lo mismo que don Miguel de Unamuno, eterno rector de Salamanca, te pedía para sus discípulos: ¡No les des paz y sí mucha gloria!

¡Muchas gracias!

